

Honoré de Balzac

# La piel de zapa



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *La Peau de chagrin*  
Traducción de Julio C. Acerete

Primera edición: 2007

Tercera edición: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Sebastiano Senti: *Autorretrato* (detalle). Museo Correr, Venecia.

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Julio C. Acerete, cedida por Century Publishers, S.L.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-247-7

Depósito legal: M. 3.724-2021

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

*Al señor Savary,  
miembro de la Academia de Ciencias*



# Índice

11	El talismán
101	La mujer sin corazón
232	La agonía
345	Epílogo



# El talismán

A finales de octubre de 1829, un joven entró en el Palais-Royal en el momento en que se abren las casas de juego conforme a las disposiciones de la ley que regula una pasión esencialmente fiscalizable<sup>1</sup>. Sin vacilar, subió por la escalera del garito marcado con el número 36.

1. Levantado por orden del cardenal Richelieu a partir de 1624 y donado al rey Luis XIII doce años después, el llamado Palais-Royal fue, sobre todo a raíz de la especulativa iniciativa inmobiliaria que acometió a partir de 1780 el duque de Orleans –futuro «Felipe Igualdad»–, que amplió su superficie construida y abrió la posibilidad de que se instalaran en él comercios y actividades de todo tipo, uno de los grandes centros de actividad social, si no el mayor, de París. Con diversas vicisitudes, sobre todo durante la Revolución francesa, el lugar albergó en sus muy numerosas galerías y soportales, hasta bien pasado 1830, instalaciones y dependencias –numeradas–, viviendas y todo tipo de establecimientos, instituciones, comercios y distracciones que atraían a buena parte de la sociedad parisiense: joyerías, sastrerías, tiendas de alimentación, librerías, etc., además de teatros, espectáculos, restaurantes, cafés, prostitución y, por supuesto, casas de juego, que se mantuvieron hasta 1836. La acción de

—¡Señor! ¿Me da su sombrero, por favor? —le gritó con voz áspera y gruñona un viejecillo pálido que se acurrucaba en las sombras, detrás de una baranda, y que se irguió súbitamente dejando ver un rostro que parecía modelado ex profeso para representar la fealdad.

Nada más entrar en una casa de juego, la ley os despoja de vuestro sombrero. ¿Será como una parábola evangélica sobre la Providencia? ¿O quizás un modo de concertar un contrato infernal, exigiéndoos una prenda cualquiera en garantía? ¿Será para obligaros a mantener una actitud respetuosa ante quienes van a ganaros el dinero? ¿O porque la policía, que espía en todos los albañales de la sociedad, tiene empeño en conocer el nombre de vuestro sombrero, o el vuestro propio, si lo lleváis escrito en el sombrero? Quizás se trate de mediros el cráneo para establecer una estadística que oriente acerca de la capacidad cerebral de los jugadores... La Administración guarda absoluto silencio sobre este punto. Pero, fijaos bien: apenas daís un paso hacia el tapete verde, el sombrero no os pertenece en mayor grado que os pertenecéis a vosotros mismos: estáis en juego vosotros, vuestra fortuna, vuestro bastón y vuestra capa. A la salida, como traducción en hechos de un cruel epigrama, el juego os demostrará que todavía os deja algo encima y os devolverá esas prendas personales. Pero, si el sombrero era nuevo, aprenderéis a vuestra costa que es menester ir con un traje de jugador.

*La piel de zapa* tiene lugar, de forma estrictamente contemporánea, en 1830-1831. (N. del E.)

El asombro que mostró el joven al recibir una ficha numerada a cambio de su sombrero –que, por suerte, tenía ya los bordes algo pelados– denotaba un alma todavía inocente. Por ello el anciano, que sin duda se había corrompido desde su juventud en los ardientes deleites de la vida de los jugadores, le dirigió una mirada mansa y apagada, en la que cualquier filósofo habría adivinado las miserias del hospital, el vagabundeo de gentes arruinadas, las actas de multitud de suicidios, la cadena perpetua, los destierros a Guazacoalco. Aquel hombre, cuya cara pálida y alargada tan sólo se nutría con las sopas gelatinosas de D’Arcet, era la viva imagen de la pasión reducida a un esquema. En sus arrugas había huellas de pasadas torturas; debía jugarse su escaso sueldo el mismo día de cobrarlo. Semejante a los viejos rocines, que dejan de sentir los latigazos, nada le hacía estremecerse; los sordos lamentos de los jugadores que salían arruinados, sus mudas imprecaciones, sus miradas de lelos, le encontraban siempre insensible. Era el juego personificado. Si el joven hubiera reparado en aquel triste cerbero, quizás habría dicho: «¡Sólo hay una baraja en ese corazón!».

Pero el desconocido no hizo caso de aquel consejo vivo puesto sin duda allí por la Providencia, como se encuentra el asco en la puerta de todos los lugares de mala nota. Entró resueltamente en la sala, donde el tintineo de las monedas de oro ejercía una deslumbrante fascinación en los sentidos llenos de codicia. Aquel joven se encontraba allí movido, seguramente, por la más lógica de todas las elocuentes frases de Jean-Jacques Rousseau, de la que transcribo lo que –a mi entender– es su amargo pensamiento central: «Sí, comprendo que un hombre acuda

al juego, pero sólo cuando entre él y la muerte no vea ya nada más que su último escudo»<sup>2</sup>.

De noche, las casas de juego no tienen más que una poesía vulgar, pero cuyo efecto está asegurado como el de un drama sanguinolento. Las salas están llenas de espectadores y jugadores, de ancianos indigentes que se arrastran por ellas para calentarse, de rostros alterados y de orgías comenzadas con vino y a punto de acabar en el Sena. Si abunda la pasión, el número demasiado grande de actores os impide mirar cara a cara al demonio del juego. La velada es una verdadera obra de conjunto en la que toda la compañía grita, en la que cada instrumento de la orquesta modula su frase. Veréis muchas personas respetables que van allí a buscar distracciones y las pagan como pagarían el placer del espectáculo, del sibaritismo, o como irían a una buhardilla a comprar a bajo precio amargos pesares para tres meses. Pero ¿comprendéis todo lo que debe haber de

2. Como en la mayor parte de las novelas de Balzac, el dinero tiene en *La piel de zapa* una presencia casi constante. En el tiempo en que transcurre la novela la unidad monetaria de Francia era el franco (franco-germinal), creado en 1803, aludido también a veces por el nombre de la unidad a la que sustituyó, la libra. Era moneda de plata. Un franco equivale a veinte sueldos; un escudo, acuñado también en plata, a cinco francos o cien sueldos; el luis (o napoleón, dependiendo de la efigie que ostentara), moneda de oro, equivale a cinco escudos o veinticinco francos y, finalmente, está el doble luis, también de oro, con un valor de diez escudos o cincuenta francos. Circulaban también billetes, de uso muy restringido a determinados ámbitos, por valor de 500 y de 1.000 francos. Como ocurriera antaño en España con los reales y los duros, a lo largo de la obra se comprueba que a menudo se habla en términos de sueldos o de escudos, e incluso de libras, mucho más que de francos propiamente; en este caso, el escudo como «unidad de cuenta» coloquial equivale a tres francos, no a cinco. (*N. del E.*)

delirio y energía en el alma de un hombre que espera con impaciencia a que abran el garito? Entre el jugador de la mañana y el de la noche hay la misma diferencia que distingue al marido indolente del amante pasmado bajo las ventanas de su amada. La pasión palpitante y la necesidad en su franco horror llegan por la mañana solamente. Es entonces cuando podréis admirar a un verdadero jugador que no ha comido, dormido, vivido ni pensado en tanto le azotaba rudamente el látigo de su martingala, en tanto sufría y era atormentado por el prurito de un lance del *treinta y cuarenta*. A esa hora maldita encontraréis ojos cuya calma espanta, rostros que os fascinan, miradas que levantan los naipes y los devoran.

Por lo tanto, las casas de juego sólo son sublimes a la apertura de sus sesiones. Si España tiene las corridas de toros, si Roma tuvo los gladiadores, París se enorgullece de su Palais-Royal, cuyas incitantes ruletas os procuran el placer de ver correr la sangre a mares sin el riesgo de que resbalen en ella los pies de los espectadores. Probad a echar una furtiva mirada a esa arena. Adelante... ¡Qué desnudez! Las paredes, cubiertas de papel grasiento hasta la altura de un hombre, no ofrecen una sola imagen que pueda refrescar el alma. No hay ni un clavo para facilitar el suicidio. El suelo está gastado, sucio. Una mesa oblonga ocupa el centro de la sala. La sencillez de las sillas de mimbre, colocadas muy juntas alrededor de ese tapete gastado por el oro, revela una curiosa indiferencia por el lujo en esos hombres que van allí a morir por la fortuna y el lujo. Esta antítesis humana se descubre siempre allí donde el alma reacciona poderosamente contra sí misma. El enamorado quiere poner entre se-

das a su amante, vestirla con suaves telas de Oriente, y la mayoría de las veces la posee sobre un camastro. El ambicioso se ve, en sus sueños, en el pináculo del poderío, aun cuando se arrastre en el fango del servilismo. El comerciante vegeta en el fondo de una tienda húmeda y malsana; construye un gran palacio del que su hijo, heredero precoz, será expulsado por una licitación amistosa. Por terminar, ¿hay algo menos placentero que una casa de placer? ¡Qué problema tan singular! Siempre en oposición consigo mismo, defraudando sus esperanzas con los males presentes y a sus males con un futuro que no le pertenece, el hombre imprime a todos sus actos el carácter de la inconsecuencia y de la flaqueza. Aquí abajo sólo es completo el infortunio.

Cuando el joven entró en el salón, ya se hallaban allí algunos jugadores. Tres viejos de acentuada calva estaban sentados muellemente en torno al tapete verde; sus rostros de yeso, impassibles como los de los diplomáticos, revelaban almas hastiadas, corazones que desde hacía largo tiempo habían desaprendido a latir, ni siquiera cuando aventuraban los bienes parafernales de una mujer. Un joven italiano de pelo negro y tez cetrina se apoyaba tranquilamente con los codos en el extremo de la mesa, y parecía estar a la escucha de esos secretos presentimientos que gritan fatalmente a un jugador: «¡Sí! ¡No!»». Aquella cabeza meridional anhelaba el oro y el fuego. Siete u ocho espectadores, en pie, colocados de manera que formaban una galería, esperaban las escenas que les depararían los lances de la suerte, los rostros de los actores, el movimiento del dinero y el de las paletas. Aquellos ociosos permanecían allí silenciosos, inmóviles,

atentos como lo está el pueblo en la Grève cuando el verdugo corta una cabeza<sup>3</sup>.

Un hombre alto, seco, con traje raído, tenía un registro en una mano y en la otra un alfiler para marcar las pasadas de *rojo o negro*. Era uno de esos Tántalos modernos que viven al margen de todos los goces de su tiempo, uno de esos avaros sin tesoros que hacen una puesta imaginaria, una especie de loco cuerdo que se consolaba de sus miserias acariciando una quimera, que obraba con el vicio y el peligro como los sacerdotes jóvenes con la Eucaristía cuando dicen misas en seco. Enfrente de la banca, uno o dos de esos sagaces especuladores, peritos en las suertes del juego, semejantes a galeotes a quienes ya no espantan las galeras, acudían allí para arriesgar tres logros casuales y llevarse inmediatamente la ganancia probable, de la que vivían. Dos viejos camareros se paseaban perezosamente con los brazos cruzados, y, de tiempo en tiempo, miraban al jardín por las ventanas como para mostrar a los transeúntes sus vulgares caras a guisa de muestra.

El banquero y el tallador acababan de lanzar a los apostantes esa mirada sin brillo que los mata y decían con voz aguda «¡Hagan juego!», cuando el joven abrió la puerta. El silencio se hizo en algún modo más profundo, y las cabezas se volvieron con curiosidad hacia

3. La plaza de la Grève, actual plaza del Ayuntamiento de París, fue durante cinco siglos el lugar designado para llevar a cabo las ejecuciones públicas en la ciudad, que se hicieron especialmente abundantes durante la Revolución francesa, y especialmente en el período denominado «el Terror», mediante la guillotina. La última ejecución pública en este lugar tuvo lugar en 1830. (N. del E.)

el recién llegado. ¡Cosa inaudita! Los viejos embotados, los empleados petrificados, los espectadores y hasta el fanático italiano, todos, al ver al desconocido, experimentaron yo no sé qué espantoso sentimiento. ¿No es menester ser muy desgraciado para inspirar lástima, muy débil para ganar simpatías, o de siniestro aspecto para hacer temblar las almas en aquella sala en la que los dolores han de ser mudos, en la que la miseria es alegre y la desesperación decente? Pues bien, había de todo esto en la sensación nueva que conmovió a aquellos corazones helados cuando entró el joven. ¿No lloraron también algunas veces los verdugos por las vírgenes cuyas rubias cabezas iban a ser cortadas a una señal de la Revolución?

A la primera mirada, los jugadores leyeron en el rostro del novicio algún misterio horrible; sus facciones juveniles tenían el sello característico de un encanto nebuloso, su mirada atestiguaba esfuerzos traicionados, ¡mil esperanzas frustradas! La triste impasibilidad del suicida prestaba a aquel semblante una palidez mate y enfermiza, una sonrisa amarga dibujaba leves pliegues en las comisuras de la boca y la fisonomía expresaba una resignación que daba pena ver.

Algún genio secreto centelleaba en el fondo de aquellos ojos, velados acaso por las fatigas del placer. ¿Era el libertínaje lo que marcaba con su sucio sello este noble rostro, en otro tiempo puro y ardiente, ahora degradado? Los médicos, sin duda, hubiesen atribuido a lesiones en el corazón o en el pecho el círculo amarillento que rodeaba los párpados y el rubor que marcaba las mejillas, mientras que los poetas habrían querido reconocer en esas señales los estragos de la ciencia, o los vestigios

de las noches pasadas a la luz de una lámpara estudiosa. Pero una pasión más mortal que la enfermedad, una dolencia más despiadada que el estudio y el talento alteraban aquella cabeza joven, contraían aquellos músculos vivaces, retorcían aquel corazón que sólo habían rozado las orgías, el estudio y la enfermedad. Como cuando un criminal célebre llega al presidio, los condenados lo reciben con respeto, así todos aquellos demonios humanos, expertos en torturas, saludaron a un dolor inaudito, una herida profunda que sondeaba su mirada, y reconocieron a uno de sus príncipes en la majestad de su muda ironía, en la elegante pobreza de sus ropas.

El joven llevaba un frac de buen gusto; pero la unión de su chaleco y de su corbata estaba demasiado sabiamente mantenida para suponer que llevara debajo ropa blanca. Sus manos, bonitas como las de una mujer, mostraban una limpieza dudosa; en definitiva, ¡hacía dos días que no llevaba guantes! Si el tallador y los mozos mismos se estremecieron, fue por causa de que los encantos de la inocencia florecían por indicios en aquellas formas débiles y finas, en aquellos cabellos rubios y ralos, naturalmente rizados. Aquel rostro tenía aún veinticinco años, y el vicio en él parecía ser sólo un accidente. La verde vida de la juventud luchaba todavía en él con los estragos de una lascivia impotente. Las tinieblas y la luz, la nada y la existencia combatían entre sí produciendo a la vez belleza y horror. El joven se presentaba allí como un ángel sin resplandores, perdido en su camino. Por eso, todos aquellos maestros veteranos de vicio e infamia estuvieron a punto de gritar al recién llegado: «¡Sal!», semejantes a una vieja desdentada movida a piedad al

ver que una joven hermosa se entrega a la corrupción. Pero éste se fue derecho a la mesa, se quedó de pie, arrojó sin pensar al tapete una moneda de oro que tenía en la mano y que rodó hasta el negro; luego, como las almas fuertes, abominando cavilosas incertidumbres, lanzó al tallador una mirada a la vez turbulenta y serena.

El interés de esta jugada era tan grande, que los viejos no hicieron apuesta; pero el italiano asió con el fanatismo de la pasión una idea que vino a sonreírle y colocó su montón de oro en oposición al juego del desconocido. El banquero olvidó decir esas frases que se han convertido, a la larga, en un grito ronco e ininteligible: «¡Hagan juego!», «¡Hecho!», «¡No va más!».

El tallador mostró las cartas y pareció desear buena suerte al recién llegado, pues le era indiferente que ganaran o perdieran los que se entregan a estos tristes placeres. Cada uno de los espectadores adivinó un drama y la última escena de una noble vida en la suerte de aquella moneda de oro; sus ojos, fijos en los cartones fatídicos, centellearon; pero, pese a la atención con que miraron alternativamente al joven y a los naipes, no pudieron observar señal alguna de emoción en su frío y resignado rostro.

–Rojo, par, pasa –dijo oficialmente el tallador.

Una especie de estertor sordo salió del pecho del italiano cuando vio caer de uno en uno los billetes doblados que le entregó el banquero. En cuanto al joven, no comprendió su ruina hasta el momento en que la paleta se alargó para recoger su último napoleón. El marfil hizo producir un ruido seco a la moneda, que, rápida como una flecha, fue a reunirse con el montón de oro expues-

to delante de la caja. El desconocido cerró los ojos lentamente y sus labios palidieron; pero alzó pronto los párpados y su boca adquirió de nuevo el rojo color del coral. Fingió el aire de un inglés para quien la vida ya no tiene misterios y desapareció sin mendigar un consuelo, con una de esas miradas desgarradoras que lanzan a veces a la galería los jugadores desesperados. ¡Cuántos sucesos se juntan en el espacio de un segundo y cuántas cosas en una tirada de dados!

—Su último cartucho, sin duda —comentó el croupier, sonriendo, tras un momento de silencio durante el cual tuvo entre el índice y el pulgar aquella moneda de oro para mostrarla a los presentes.

—Es un cabeza loca que va a tirarse al río —respondió uno de los asiduos, mirando en torno suyo a los jugadores, todos ya conocidos.

—¡Bah! —exclamó el mozo, aspirando un poco de rapé.

—¡Si hubiéramos imitado al señor...! —dijo uno de los viejos a sus compañeros, señalando al italiano.

Todos miraron al afortunado jugador, cuyas manos temblaban al contar los billetes de banco.

—He oído —dijo éste— una voz que me gritaba al oído: «El Juego podrá con la desesperación de ese joven».

—No es jugador —repuso el banquero—. De lo contrario habría repartido su dinero en tres sumas para tener más probabilidades.

El joven pasaba sin reclamar su sombrero; pero el viejo mastín, que ya había advertido el mal estado en que se hallaba dicha prenda, se lo devolvió sin pronunciar palabra; el jugador le entregó la ficha con un movimiento maquinal y bajó la escalera silbando *Di tanti palpiti*, con

soplo tan débil, que él mismo apenas oía las deliciosas notas.

En seguida se halló bajo las galerías del Palais-Royal, fue hasta la calle de Saint-Honoré, tomó el camino de las Tullerías y atravesó el jardín con paso indeciso. Andaba como en medio de un desierto, rozándose con hombres que no veía, oyendo a través de los clamores populares sólo una voz, la de la muerte; perdido, en fin, en intensa meditación parecida a la que en otro tiempo se entregaban los criminales que eran conducidos en carreta, desde el Palacio a la Grève, a aquel cadalso rojo de toda la sangre vertida desde 1793.

Hay algo grande y espantoso en el suicidio. Las caídas de muchas personas no son peligrosas: son como las de los niños, que caen tan a ras del suelo que no se hacen daño; mas cuando un gran hombre se estrella, ha de venir de muy alto, haberse elevado hasta los cielos, haber entrevisto algún paraíso inaccesible. Implacables han de ser los huracanes que le fuerzan a pedir la paz del alma a la boca de una pistola. ¡Cuántos talentos jóvenes encerrados en una buhardilla languidecen y mueren por falta de un amigo, de una mujer consoladora, en el seno de un millón de seres, en presencia de una muchedumbre harta de oro y que se aburre!

Visto así, el suicidio alcanza dimensiones gigantescas. Entre una muerte voluntaria y la fecunda esperanza cuya voz llamaba a un hombre joven a París, sólo Dios sabe cuántos ideales se rompen, cuántas poesías son abandonadas, cuántas desesperaciones y gritos se reprimen, cuántas tentativas resultan inútiles y cuántas obras maestras se malogran. Cada suicidio es un poema sublime de

melancolía. ¿Dónde hallaréis, en el océano de las literaturas, un libro que pueda tenerse a flote y superar en genio a este suelto de periódico: «Ayer, a las cuatro, una mujer se arrojó al Sena desde lo alto del Pont-des-Arts»?

Ante este laconismo parisiense, los dramas, las novelas, todo palidece, incluso este viejo frontispicio: «Lamentos del glorioso rey de Kaërnavan, encarcelado por sus hijos», último fragmento de un libro perdido cuya sola lectura hacía llorar al mismo Sterne que abandonó a su mujer y a sus hijos.

El desconocido fue asaltado por mil pensamientos semejantes que cruzaban en jirones por su alma como banderas desgarradas que ondean en medio de una batalla. Si descargaba por un momento el peso de su espíritu y de sus recuerdos para detenerse ante unas flores, cuyas corolas mecía suavemente la brisa entre los macizos verdes, asido de pronto por una convulsión de la vida, que se rebelaba todavía contra la pesada idea del suicidio, levantaba los ojos al cielo; allá, nubes grises, bocanadas de viento cargadas de tristeza, una atmósfera pesada, parecían aconsejarle que se diera la muerte. Caminó hacia el Pont Royal, pensando en las últimas extravagancias de sus predecesores. Sonreía al recordar que lord Castle-reagh había satisfecho la más humilde de nuestras necesidades antes de cortarse el cuello y que el académico Auger había ido a buscar su petaca para aspirar un poco de rapé mientras caminaba hacia la muerte. Analizaba esas rarezas y se interrogaba a sí mismo cuando al arriarse al pretil del puente para dejar pasar a un mozo del mercado, se le manchó un poco de blanco la manga del traje, por lo que se sorprendió al ver que se sacudía cui-

dadosamente el polvo. Al llegar al punto más alto de la bóveda, miró el agua con aire triste.

—¡Mal tiempo para ahogarse! —le dijo, riendo, una vieja vestida de harapos—. ¡Pues no está frío y sucio el Sena!

El joven respondió con una sonrisa llena de ingenuidad que demostraba el delirio de su resolución; pero se estremeció de repente al ver de lejos, en el muelle de las Tullerías, el barracón rotulado con las palabras:

SOCORRO PARA LOS AHOGADOS,

escritas con grandes letras de un pie de altura. Se imaginó al señor Dacheux armado de su filantropía, despertando y moviendo aquellos virtuosos remos que rompen la cabeza a los ahogados cuando, desgraciadamente, suben a la superficie del agua; le vio juntando a los curiosos, mandando a buscar un médico, disponiendo la aplicación de fumigaciones; leyó las notas necrológicas de los periodistas, escritas entre las alegrías de un festín y la sonrisa de una bailarina; oyó sonar los escudos que el prefecto de policía pagaba a los barqueros por su cabeza. Muerto, valía cincuenta francos; pero vivo no era más que un hombre de talento sin protectores, sin amigos, sin cama ni techo, un verdadero cero social, inútil para el Estado, que no se inquietaba por él. Una muerte en pleno día le pareció poco noble y resolvió morir durante la noche, a fin de entregar un cadáver irreconocible a aquella sociedad que menospreciaba la grandeza de su vida. Siguió, pues, su camino y se dirigió hacia el Quai Voltaire, tomando el andar indolente de un desocupado que quiere matar el tiempo.

Al bajar los escalones que hay al final de la acera del puente, en el ángulo del muelle, le llamaron la atención los libros viejos puestos de muestra sobre la balaustrada. Poco faltó para que preguntara el precio de algunos. Se sonrió, volvió a meter filosóficamente las manos en los bolsillos, e iba a echar a andar de nuevo con su apático paso, en el que se manifestaba un frío desdén, cuando oyó con sorpresa resonar de manera realmente fantástica algunas monedas en el fondo de su bolsillo. Una sonrisa de esperanza iluminó su rostro, se deslizó desde sus labios por los rasgos de su fisonomía, hizo brillar de alegría sus ojos y sus sombrías mejillas. Tal chispa de felicidad se parecía a esos fuegos que corren por los restos de un pedazo de papel que ya ha consumido la llama; pero el rostro tuvo la suerte de las cenizas negras, tornó a ponerse triste cuando el desconocido, tras sacar rápidamente la mano del bolsillo, vio tres monedas de cobre de un sueldo.

—¡Ah, mi buen caballero, *la carità! La carità! Catarina!*  
¡Un sueldo para comprar pan!

Un deshollinador joven y andrajoso, con la cara hinchada y tiznada, como su cuerpo, por el hollín, alargó la mano para quitarle sus últimas monedas a aquel hombre.

A dos pasos del saboyano, un pobre, viejo, vergonzante, enfermizo, malamente vestido con ropas llenas de agujeros, le dijo con voz recia y sorda:

—Deme lo que quiera, señor. Rezaré a Dios por usted...

Pero cuando el joven hubo mirado al viejo, éste calló y no volvió a pedir, reconociendo acaso en aquel tétrico rostro los rasgos de una pobreza mayor que la suya.

—*La carità! La carità!*